

## **Historias de amor, aventuras del deseo, experiencias de goce**

**Blanca Sánchez**

“Uno puede conocerse en todas partes, en el mundo. Lo que importa es lo que se sigue de esos cotidianos encuentros”.

Marguerite Duras *Hiroshima, mon amour*.

El título del seminario de este año es “Ficciones de la no-relación. Amor, deseo y goce”. Mi intención hoy es interrogar qué relación tienen el amor, el deseo y el goce con la ficción y con la no-relación.

*Dos puertas de entrada.*

A mi gusto, en el psicoanálisis lacaniano, hay dos vías de abordaje, “dos puertas de entrada”: el significante, es decir, la primacía de lo simbólico, y el goce, o sea, la orientación a lo real.

Si se entra por la puerta del significante y de la primacía de lo simbólico, cuando el punto de partida es el lenguaje y la palabra tal como fue en los inicios de la enseñanza de Lacan, el lazo al Otro se configura de una particular manera. Hay lazo al Otro, podríamos decir, hay relación entre significante y significado, entre significante y goce, y lo real se presenta como lo que vuelve siempre al mismo lugar.

Si se entra por la vía del goce, el lazo al Otro se ve conmovido, se perturba la relación significante-significado, hay disyunción entre el significante y el goce, no hay relación entre sentido y real, entre el goce del Uno y el Otro: no hay relación entre el hombre y la mujer.

Eso toca a una de las preocupaciones fundamentales que es cómo, con lo simbólico, operar sobre lo real. O bien, cuál es la relación entre el goce, que queda del lado del Uno, y el Otro como Otro sexuado. Podemos ubicar como versiones del goce del Uno el goce experimentado en el propio cuerpo (el goce pulsional, autoerótico); el goce fálico (o goce del órgano llamado por Lacan el goce del idiota), que se sacrifica en pos del

goce del cuerpo (drogarse en lugar de hacer el amor, por ejemplo); el goce de la palabra, el *blablabla* que viene al lugar del goce sexual.

La ficción es un término ligado al lenguaje y designa el efecto de verdad que se produce por la articulación significante. Lacan ha ubicado este punto a partir de sostener que la verdad tiene estructura de ficción, depende del significante, con lo cual siempre serán verdades variables y a medio-decir.

Ficción es un término tomado de Bentham, el teórico del utilitarismo, que Lacan menciona en el Seminario *La ética del psicoanálisis*, y en el Seminario *Aun*. A los fines de su ética utilitarista, la del bien para el mayor número de personas y en relación al derecho –que Lacan menciona en el primer capítulo del Seminario 20– Bentham ubica por un lado las entidades reales, que son las que se pueden captar por los sentidos, y las entidades ficticias, las que resultan de la práctica del lenguaje y denominan entidades abstractas, relaciones entre entidades, por ejemplo, el derecho, la libertad, robar, etcétera. Lacan, podríamos decir, destaca de esto lo que subrayaremos como “el uso de las palabras”.

No voy a desarrollarlo pero podríamos preguntarnos si hay alguna diferencia entre ficción y semblante, porque Lacan no utilizó el término ficción, al menos no tanto como el de semblante. Solo ubicaría que el semblante incluye la dimensión imaginaria que va más allá de la ficción como efecto de verdad. Es por ello que la ficción, por su relación con el efecto de verdad, interroga siempre la relación entre simbólico y real.

Por otra parte, no debemos dejar de mencionar el equívoco que Lacan introduce entre ficción y fijación, esta última referida a la fijación de goce no sin su marca significante.

Miller llega a sostener que la ficción es una defensa frente a lo real. Tal vez haya que pensar más bien en el uso de las ficciones, ¿están al servicio de ser una defensa frente a lo real o de un saber-hacer con lo real?

### *Ficciones sobre la no-relación*

Entremos a nuestro tema por la puerta del goce. A partir del seminario 20, el planteo de Lacan es que si hay goce, si el goce es la sustancia gozante, entonces, no hay relación sexual. El goce siempre será el goce del Uno, el goce en el cuerpo. Por ende, no hará relación con el Otro; de allí la idea de plantear como término para el goce el de experiencia.

El goce del que hablamos es el goce fálico, el goce del órgano, el goce del idiota. Dirá Lacan que “el goce fálico es el obstáculo por el cual el hombre no llega a gozar del

cuerpo de la mujer, precisamente porque de lo que goza es del goce del órgano”.<sup>1</sup> Y agrega más adelante que el goce sexual es fálico, “no se relaciona con el Otro en cuanto tal”.<sup>2</sup>

Miller, en su curso *La fuga del sentido*, dirá que este goce es un goce que está fuera del lazo social, es decir, no es una vía de acceso al Otro. Y habla en ese sentido de dos figuras: el idiota y la enamorada. En otro momento, habla del bruto y la loca, acá del idiota y de la enamorada.

Además del tema del lazo al Otro, quisiera introducir aquí otra cuestión. ¿Cuál es la relación entre ficción y goce?

La ficción sobre el goce por excelencia es el fantasma, pues se trata de una frase que sirve de sostén al goce del sujeto, construye para él una relación con el objeto pulsional que viene al lugar de la relación sexual que no hay. Da una versión de esa relación sexual que no existe. Es, por otra parte, una maquinaria de transformar el goce en placer. De este modo, las ficciones que cada sujeto construye pueden estar íntimamente ligadas a su sostén fantasmático del goce.

En esta perspectiva, el objeto *a* como objeto de goce, sustituye al Otro. Es decir, el sujeto va a buscar en el Otro el objeto de su goce. Por ello podemos decir “de un Otro al otro”; como el título del seminario de Lacan.

El goce no permite un acceso al Otro, ya que cuando se dirige a él, el sujeto va a buscar allí el objeto de su fantasma. Es lo que Lacan ubica del lado hombre de las fórmulas de la sexuación, cuando afirma que el hombre aborda a la mujer como *a*. “En la medida en que el objeto *a* desempeña en alguna parte –y desde una partida, de una sola, la del macho– el papel de lo que ocupa el lugar de la pareja que falta, se constituye lo que solemos ver surgir también en lugar de lo real, a saber, el fantasma”.<sup>3</sup> Así, entre hombres y mujeres podemos plantear una disparidad entre los goces: del lado del hombre el goce fálico; del lado de la mujer, el goce femenino como un goce más allá del fálico. Es por esa disparidad que hay un desencuentro entre los goces, por lo que el único vínculo entre los seres hablantes se produce por el significante y por el discurso: “El significante como tal no se refiere a nada que no sea un discurso, es decir, un modo de funcionamiento, una utilización del lenguaje como vínculo (...) el vínculo entre los que hablan”.<sup>4</sup> Por ello, podríamos decir lo que daría acceso al Otro sería el amor,

<sup>1</sup> Lacan, J., *El seminario, Libro 20 Aun*, Paidós, Bs. As., 1991, p. 15.

<sup>2</sup> Idem. p. 17.

<sup>3</sup> Idem. p. 78.

<sup>4</sup> Idem. p. 41.

entendiendo por ello al amor como principio del lazo social, en tanto el amor se funda sobre la palabra, como veremos más adelante, aunque no solamente.

Podemos pensar distintos niveles del lazo al Otro desde los cuales se construye la ficción del amor. Desde lo imaginario, el modelo es el estadio del espejo, en donde lo esencial es la relación del sujeto y el Otro. Si bien no es una relación sexual, hay relación: se trata de la relación narcisista. Pero el cuerpo en juego es el cuerpo virtual, la imagen, y el goce es el de la reversibilidad de la libido freudiana; es la idea de “Introducción del Narcisismo” de la libido del yo o la libido objetal según catectice los objetos o el yo. De este modo, amor y goce van juntos. Es la versión imaginaria del amor por la cual el sujeto se ama a sí mismo en el otro, lo que relativiza entonces su relación en él.

Desde lo simbólico, se trata de una relación profunda con el Otro, pero el Otro del que se trata es el Otro del lenguaje. La relación sexual está moldeada por la relación significativa, como por ejemplo en el “tú eres mi mujer” (*tu es ma femme*), en el pacto de la palabra, que Lacan luego equivocará con “maten a mi mujer” (*tue ma femme*) con lo que podemos ver que una relación, por más fundada que esté sobre la palabra, no escapará al más mortífero de los equívocos.

El deseo, como tercer término comprometido en este asunto (amor, goce y deseo), será el deseo del Otro, que toma al falo como su índice, pero siempre en términos simbólico-imaginarios. Es la cara simbólica del amor. El modelo de esta cara simbólica del amor es la demanda de amor. Recordemos que cuando la necesidad choca con el significante, atraviesa los desfiladeros del significante, se pierde y se transforma en demanda. Tenemos así, un primer nivel que es la demanda de satisfacción de la necesidad. Sin embargo, el niño al llamar al Otro, en realidad, llama su presencia, por supuesto, sobre un fondo de ausencia. Hay en juego una demanda, pero no la de la satisfacción de la necesidad, sino la demanda de otra cosa. El significante es una respuesta a esa demanda, que es pura y simplemente demanda de amor, un amor que se juega en la palabra cuya respuesta siempre abre a un más allá del amor que es el deseo. Una demanda de amor que pide la nada que solo puede darse por la palabra. Por eso amar es “dar lo que no se tiene”, algo que solo se produce por intermedio de la palabra. De ahí que si experiencia es el término que hace pareja con el goce, diremos que para el amor se trata de historias. Del amor, solo se pueden contar historias. El amor se construye como una historia.

Podemos encontrar la dimensión simbólica del amor en algunas definiciones que de él ofrece Lacan en el Seminario 21. En principio, algo que ya había ubicado en el

seminario 20, es la idea del amor como suplencia a la no relación sexual, En el 21 dirá que “el amor es llevado a la existencia por lo imposible del vínculo sexual”. No hay relación sexual, entonces, hay el amor. Y agrega “El amor es la verdad, en tanto que a partir de ella, a partir de un corte, comienza otro saber, el saber inconsciente. Es la verdad en tanto no puede ser dicha del sujeto, en tanto que lo que es supuesto podría ser conocido por el compañero sexual”, es decir que tenemos aquí el encuentro de dos saberes inconscientes. “El amor es dos medio-decires que no se recubren y esto es su carácter fatal. Es la división irremediable, no se la puede remediar, carece de mediación alguna. Es la conexidad de dos saberes irremediamente distintos”. Lacan destaca la idea de la conexidad en la que no hay mediación, porque si hubiera mediación o si fuera un recubrimiento de uno sobre otro, sería “una sucia mezclanza”. Va a decir también que “el amor no es otra cosa que un decir en tanto que acontecimiento, un decir que se dirige al saber inconsciente”.<sup>5</sup>

Entonces, el amor como medio-decir en su relación al saber inconsciente, tiene estrecha relación con la palabra y el significante. Pero cuando intentamos interpellarlo desde lo real y en relación al goce, la cosa se complica.

Miller, en otro de sus cursos, *El partenaire-síntoma*, se pregunta si el amor puede dirigirse a algo diferente de la imagen del Otro, o buscar en el Otro algo más que su respuesta. ¿Se puede amar al Otro en su goce? ¿Cómo se introduce el goce en el amor? Ese es el desarrollo de todo el Seminario 20, en donde Lacan verifica que uno puede “percatarse de que el amor, si es verdad que está relacionado con el Uno, nunca saca a nadie de sí mismo. Si es eso, todo eso, y sólo eso lo que dijo Freud al introducir la función del amor narcisista, el problema es, todo el mundo lo siente o lo ha sentido, el problema es cómo puede haber amor por otro”.<sup>6</sup>

¿Cómo el goce pulsional puede verse descompletado, carecer de algo, para interesarse en los asuntos del deseo? Es la afirmación de Lacan del seminario 10 “El amor es lo que permite al goce (autoerótico) condescender al deseo”.

El hombre ama como a sí mismo aquello que le sirve de soporte a la función del falo, “ama al falo como a sí mismo”, diríamos; la pulsión en él domina, no hay apertura al Otro, hace del Otro un *a* al servicio de su satisfacción pulsional, lo reduce, lo degrada a ser *a*.

---

<sup>5</sup> Lacan, J., Seminario 21 “*Les non dupes errent*”, inédito.

<sup>6</sup> Lacan, J., *El seminario, Libro 20, Aun, op. cit.*, p. 61.

La mujer, en cambio, tiene una investidura máxima del amor, por su particular relación a la falta y por carecer del órgano que concentra todo el goce. El goce femenino se relaciona con el Otro independientemente de la exigencia pulsional; la exigencia de goce se hace oír en la demanda de amor. Entonces, el goce fálico es común a ambos sexos, aunque el hombre está allí metido del todo, de lleno, y la mujer no lo esté del todo, hay en ella algo más: el goce femenino. Entonces, goce fálico para ambos, en el hombre por la vía de ubicar a su *partenaire* en el lugar del *a*, en la mujer con un más allá del goce fálico en el goce femenino, y su relación con el significante de la falta en el Otro.

Resta la pregunta de cómo enlazar el goce y el amor, o cómo pasar del autoerotismo del goce a un amor hétero. ¿Cómo pasar del goce del Uno al Otro? Es necesario para ello que haya una pérdida de goce. El psicoanálisis mismo ha inventado sus propias ficciones para poder ubicar dicha pérdida de goce y poder así establecer una relación entre el goce y el amor; una es la del complejo de castración y su relación con la culpa y la prohibición; la otra, es la pérdida por la incidencia del lenguaje.

La relación con la función fálica está marcada por la castración, es una relación marcada por la falta, se inscribe como castración/prohibición en la medida en que se postula como un “no gozarás como un idiota”, exige dirigirse al Otro para gozar. En Freud se imaginaba en la amenaza proferida al niño para que abandone la masturbación, lo que el niño hace por temor a la castración y nada más ni nada menos que por amor. A partir de plantear las cosas en términos de prohibición se establece una relación entre interdicción y culpa, dando ambas una gran consistencia al Otro, y oponiendo la soledad del goce fálico, con el Otro. De este modo, podemos leer a la castración como un rechazo del goce fálico necesario para alcanzar al Otro. La ley del deseo es la ley del deseo del Otro que impone renunciar al goce fálico para alcanzar un goce sexual, el goce del Otro sexuado. El neurótico construye así un Otro que demanda su castración, la ley para él es la demanda del Otro reduciendo la ley del deseo a una demanda de castración.

A partir del seminario *Aun*, Lacan ya no enuncia la cuestión en términos de castración, perdiendo ésta su carácter dramático. Ya no se trata del drama neurótico de la castración. La pérdida de goce es ubicada por la incidencia del lenguaje sobre el cuerpo. Y como no se habla de castración, se habla de la no-relación sexual. El amor, entonces, encarna la relación con el Otro más “sonriente” mediada por el discurso, ya no es el Otro amenazante del complejo de castración.

### *La aventura del deseo*

Hasta aquí he ligado el goce con la experiencia, y el amor con las historias, las historias de amor y el amor a las historias, y ubiqué al inicio que el término que hace pareja con el deseo es el de aventura. Veamos por qué.

El deseo, definido como deseo del Otro, está íntimamente ligado a la ficción. Su matriz es la ficción fantasmática, que da una respuesta a la pregunta por el deseo del Otro. El deseo, dirá Lacan al comienzo de su enseñanza, es articulable pero no está articulado. Es lo que queda de la diferencia que hay entre la demanda de satisfacción de la necesidad y la demanda de amor, en su más acá y su más allá; eso, si entramos por la puerta del significante. Aún así, el deseo tiene relación con el significante, pero también con ese más allá del significante, con lo que circula en el intersticio entre ellos. Tiene, además, un objeto ligado al objeto de la pulsión: el *a* como causa de deseo. ¿Qué tiene esto que ver con la aventura?

Georg Simmel plantea que “la forma de la aventura consiste en que se sale del contexto de la vida”,<sup>7</sup> “transcurre al margen de la continuidad de nuestra vida diferenciándose de lo casual y extraño que roza a la vida por arriba”. “Cae como un cuerpo extraño en nuestra existencia, relacionada, sin embargo, con su núcleo. *Lo externo es, a través de un rodeo insólito, una forma de lo interno*”.<sup>8</sup> Tenemos aquí una muy precisa definición de *extimidad*, que da muy bien cuenta de la estructura del objeto *a* como causa de deseo, ese objeto a la vez exterior en su relación al significante, pero a la vez como lo más íntimo del sujeto.

Para Simmel, el aventurero no tiene pasado ni futuro, intenta que el azar, situado por fuera de la vida, esté integrado a ella, crea el sentimiento central de la vida que pasa por la excentricidad de la aventura. Y dice Simmel que “por más que la aventura parezca reposar en una diferencia con respecto a la vida, la vida se puede sentir en su totalidad como una aventura”;<sup>9</sup> esto cuando la vida está teñida por el deseo y no por el goce del sufrimiento.

Tendremos así, historias de amor más o menos teñidas por la aventura del deseo, no sin la experiencia de goce, ya sea fantasmático, fálico o femenino.

Vamos a trabajar sobre distintas ficciones sobre el amor, el deseo y el goce, historias que veremos si hacen existir la relación sexual cuando el amor toma su dimensión imaginaria, o si pueden alojar en ellas ese desencuentro fundamental y de qué manera.

Como decía Lacan, hablar de amor es un goce. Pero por más que se hable, por más que se inventen historias, del amor nunca se llega a saberlo ni a decirlo todo.

---

<sup>7</sup> Simmel, G., *Cultura femenina y otros ensayos*, Alba Editoria, Barcelona, 1999, p. 15.

<sup>8</sup> Ídem. p. 16. El subrayado es mío.

<sup>9</sup> Simmel, G., “La aventura”, *op. cit.*, p. 20.

## **BIBLIOGRAFÍA:**

Lacan, J., “Del goce”, “La función del significante”, “El amor y el significante”, “Una carta de amor”, *El seminario, Libro 20 Aun*, Paidós, Bs. As., 1991.

Lacan, J., Seminario 21 “*Les non-dupes errent*”, inédito.

Miller, J.-A., “Primacía de la práctica”, *La experiencia de lo real*, Paidós, Bs. As., 2003.

Miller, J.-A., “El síntoma-goce”, “Los seres sexuados”, *El partenaire-síntoma*, Paidós, Bs. As., 2008.

Miller, J.-A., “El autismo del goce”, “Relación con el Otro”, *La fuga del sentido*, Paidós, Bs.As, 2012.

Simmel, G., “La aventura” (1910), *Cultura femenina y otros ensayos*, Alba Editorial, Barcelona, 1999.